

# FERENCZI Y EL MUNDO INFANTIL LA ELASTICIDAD DE LA TÉCNICA Y EL PSICOANÁLISIS DE NIÑOS

Dr. Osvaldo T. Frizzera

Hablar del mundo infantil puede incluir diversas perspectivas. El propósito de esta comunicación es pensar y transmitir mi práctica clínica con niños articulada con la conceptualización de un artículo fundamental de Ferenczi (1).

Si bien el psicoanálisis de niños no constituye una especialidad, conlleva a una especificidad imposible de desconocer. Una especificidad dada por el desamparo y dependencia que caracteriza al sujeto infantil, quien llega a la consulta de la mano de los adultos. Especificidad que reclama una posición del analista, que en discordancia y hasta en oposición a la del pedagogo, está dispuesto a sostener, conocer y trabajar el entrecruzamiento transferencial que tal situación impone (2). Es que el niño, más que nadie, por su indefensión y sobre todo por la imagen de lo que se fue en algún momento, se convierte en privilegiado soporte del narcisismo de los adultos. Conviene recordar, entonces, que el pequeño es punto de anclaje de la reviviscencia de la fantasmática de los padres y también punto de anclaje de la fantasmática del analista (3).

Por eso frente a un niño quedamos más expuestos a la tentación de convertirnos en maestro modelo o ideal o a identificarnos con el lugar del mismo. Quedamos más expuestos a un desplazamiento de nuestra función analítica. Por este motivo el psicoanálisis de niños nos da oportunidad de recordar y reflexionar las formulaciones de Sandor Ferenczi a propósito de su artículo: la “Elasticidad de la técnica analítica”. En primer lugar, su título, tomado a priori, resulta atractivo por evocar una plasticidad que quienes trabajamos con niños habremos de tener para hacer del juego uno de los parámetros fundamentales de la técnica. Plasticidad para sobrellevar las limitaciones del lenguaje del niño y para escuchar a los padres, portadores verbales de los síntomas por los que somos consultados.

Una segunda razón, tal vez lo principal para lo que quiero transmitir, es que Ferenczi se ocupa especialmente del lugar del psicoanalista. Es el autor de lo que podríamos denominar la primera generación que más reflexiona sobre lo que se requiere del analista.

En resumidas cuentas, su hipótesis sostiene que un psicoanalista no ha de tener identificaciones narcisistas muy sólidas, caso contrario serían un verdadero obstáculo; siendo Ferenczi un partícipe directo del viraje de los años veinte con la conceptualización de la pulsión de muerte y sus consecuencias en la clínica, pudo experimentar la disminución de los efectos del psicoanálisis. La época de oro de la interpretación, aquella de principios de siglo, por la cual el hacer consciente lo inconsciente bastaba para producir respuestas deslumbrantes, había desaparecido. Hacia la década del veinte, las resistencias se alzaban en calidad de obstáculos. De allí en más, los criterios de normalidad y de duración del análisis comenzarían a cambiar. Aún hoy estos temas siguen siendo objeto de disputas.

A Ferenczi hay que ubicarlo en ese preciso momento de desilusión y cuestionamiento. Momento de vacilación que generalmente conduce a tomas de posición y que en su caso lo llevó a buscar los obstáculos por el lado del analista.

Valiente ubicación en esos años y en los nuestros. Alejarse del confortable criterio de salud adjudicado al analista como una conquista o virtud que lo deja libre o inmune de toda responsabilidad, resulta un acto ético de importantes consecuencias.

La responsabilidad del analista en la cura es tema de la “Elasticidad”, responsabilidad que se acrecienta, aunque esta expresión tal vez no sea muy feliz, en el caso del psicoanálisis de niños.

Lo más habitual es ubicar las resistencias del lado del paciente. Como paso siguiente, o a veces primero, se habla de resistencias por parte de los padres del pequeño en análisis. Pero una orientación tal, que deja la exclusividad de las resistencias a los padres, condujo a fomentar la idea de una culpabilidad de éstos, situación que en nada favoreció al psicoanálisis y mucho menos al niño. Ferenczi pensó que parte de la responsabilidad debe ser buscada por el lado del analista. De esta manera no solo cuestiona lo anterior, sino que amplía y enriquece el campo de reflexión sobre nuestra práctica. Supo distinguir el yo del analista como obstáculo para el desempeño de sus funciones.

Recordaré un párrafo denso o condensado cuya rigurosidad nos permitirá detenernos, sin por ello pretender agotarlo. Dice así: “Voy a aludir un problema que no ha aparecido hasta ahora: la eventual metapsicología de los procesos psíquicos del analista durante el análisis. Sus implicaciones oscilan entre la identificación (amor objetal analítico) por una parte o control de sí o actividad intelectual de otro. Durante su larga jornada de trabajo, no puede abandonarse al placer de dar libre curso a sus narcisismos y a su egoísmo en la realidad, y en la fantasía sólo en algunos momentos. No dudo que tal sobrecarga –que además apenas se encuentra en la vida- exigirá pronto o tarde la elaboración de un higiene particular del analista” (4).

Hasta aquí la cita. En este fragmento queda claro que el paciente y su analista se inscriben en el marco de una **asimetría** y con ello una diferencia de posición y función en el proceso de la cura. Esta conceptualización implica distinguirse de los autores que piensan a la contratransferencia como pura simetría o reciprocidad.

Resulta importante considerar, es decir reflexionar, sobre la carga psíquica que pesa sobre el analista. Analizar es una tarea imposible, nos recuerda Freud hacia el final de su vida y de su obra, tan imposible como gobernar o educar, pero no por ello dejamos de emprenderla con entusiasmo y sobre todo con la menor cantidad de prejuicios posibles. Hacer coincidir la investigación con el tratamiento es un consejo a tener en cuenta cada vez que operamos como analistas. (5). Pero la descarga de los prejuicios no basta para liberarnos de una de las principales cargas que es la de ser sostén de las múltiples transferencias que reviven en nosotros a su vez, los deseos infantiles y es esa reviviscencia, cuando es desconocida, la que se erigirá en una de las mayores cargas para desempeñar nuestra tarea.

Cuando en el párrafo mencionado, Ferenczi se refiere a la oscilación entre la identificación y el control, aunque no se me escapa que ambos son términos que exigirían por sí solos un detenido debate, nos indica la intención de una puesta entre paréntesis del componente personal del analista. Ponerlo entre paréntesis no equivale a desmentirlo, mucho menos a declararlo inexistente. Equivale más bien, a la instrumentación técnica de un borramiento del yo como instancia narcisista, en tanto que el narcisismo lleva a comprimir o a reprimir más que a crear. Ferenczi piensa que es una carga tan excesiva que no se encuentra en la vida en general y exige tarde o temprano la elaboración de una higiene especial para el analista. A esta puesta entre paréntesis del narcisismo la denomina **reducción de la ecuación personal**. Conocida es su preocupación por saber en qué medida una cura depende de la llamada personalidad del analista. Por tal motivo brega por la terminación del psicoanálisis del analista, para poder actuar en el consultorio no en tanto persona con sus particularidades sino como efecto de su análisis. La reducción del narcisismo en la dirección de la cura apunta a la revisión y elaboración del mundo infantil del analista, cuya disposición a ponerse en juego juega más fuerte, tal como lo he dicho, con un niño en el consultorio.

Otras líneas están dedicadas al delicado lugar del **saber**, el **saber todo**. “No hay nada más perjudicial para el análisis que una actitud de maestro de escuela o de médico autoritario”, escribe en la “elasticidad”, para agregar poco después: “... la modestia del analista no es una actitud aprendida, sino más bien la expresión de la aceptación de los límites de nuestro saber”. Introduciendo la dimensión de la castración damos lugar a un deseo de escuchar en cada caso un nuevo caso. El niño, con la curiosidad que lo caracteriza, puede incitar al analista a ocupar el lugar del amo de la verdad, de lograrlo “...no hará sino repetir un error de los padres, que aplastaron con su influjo la independencia del niño, y solo sustituirá la antigua dependencia con una nueva”. (6)

Entonces, ni un par, el analista no es un niño, ni un espejo del pequeño, ni tampoco un grande que aprovechándose de la debilidad o indefensión intenta modelarlo a su imagen y semejanza. Esta óptica no ha de enfocar una destitución de la idea de un saber, sino la priorización del saber del inconsciente, de un saber que lejos de lo preconcebido sorprende y habla de una actitud expectante por parte del analista.

Expectante viene del latín *expectare* que significa esperar. El dominio, la asimetría, que éste debe ejercer está conceptualizada y sintetizada en la palabra elasticidad que alude a la existencia de una presión que tiende siempre a su justo término: ni muy laxo, ni demasiado tenso.

Ferenczi también se refiere a la bondad. El analista de niños queda muchas veces presentado como el bueno o reparador, frente a padres juzgados ligeramente como malos. Obviamente esta concepción simplista ha de ser revisada. En todo caso debe ser interrogada la noción de bondad, extraerla de su raigambre sentimental para asentarla en la bondad del sostenimiento de una posición descifradora que ayude al niño a correrse del lugar del puro objeto de narcisismo de los adultos. Todas estas indicaciones son una explicitación del propósito central enunciado como la reducción o borramiento de las identificaciones sólidamente instaladas o constituidas en el yo. En el analista es fundamental esta dimensión de renuncia y la instalación de un adecuado “juicio de condenación” de sus propios anhelos, incluyendo el de querer curar, pues sino el niño quedará capturado, encerrado por otro ideal que tendrá también que confirmar. El pequeño analizante, correrá el riesgo de “deber ser” el testimonio y corroboración de las teorías del analista. Correrá el riesgo de tener que ser el buen niño, un niño que acepta sin peros el “saber” que se le impone.

Ser psicoanalistas de niños no es analizar a solas lo que emerge en el fondo abismal de una actividad pulsional demasiado fuerte o de un yo demasiado débil, sino develar sin misterios, interpretando, construyendo e investigando los misterios de una historia que invistió al niño, una historia con puntos en común con la del propio analista. Por eso la tentación que acecha a éste es la de obturar en otro o con otro su incompletud, su mortalidad. Entonces y para concluir diré que “el mundo infantil” es el resultado de un entrecruzamiento. Un punto de cruce entre una infancia considerada como clave para la tarea de analizar lo que aparece en los síntomas del llamado adulto con una infancia desplegada por los niños de hoy. Hijos por un lado o pequeños pacientes por otro ofrecen un escenario, un lugar de empiria para que los mitos familiares y psicoanalíticos encuentren su configuración y su cuestionamiento.

## **BIBLIOGRAFÍA**

- (1) Sandor Ferenczi: “La elasticidad de la técnica analítica”. 1928. Obras Completas.
- (2) Osvaldo Frizzera: “La transferencia en el abordaje psicoanalítico de niños”. Presentada en el Primer Congreso Latinoamericano de Psicoanálisis de Niños y Adolescentes. 1994. Colección Biblioteca Peruana de Psicoanálisis.
- (3) Osvaldo Frizzera. *Ibíd.*
- (4) Sandor Ferenczi. Obra citada.
- (5) Sigmund Freud. “Consejos al médico”. 1912. Obras Completas.
- (6) Sigmund Freud. “Esquema del psicoanálisis”. Obras Completas.